



De izquierda a derecha: Feliu Formosa, Joan Oliver (miembro del Jurado) y Jaume Melendres, premio «J. M. de Sagarra» 1966

La "Defensa india" de Melendres

EL premio Sagarra, de teatro, ha sido concedido a una obra de bello y extraño nombre, «Defensa india de rei», de Jaume Melendres. La obra, de resonancias expresionistas y musicales, manifiesta, por ello, tanto una realidad distinta, más honda de lo que meramente se dice y se actúa, como una composición abierta, lineal, en la que las escenas se hallan situadas una a continuación de la otra, pero sin ningún deseo implícito de cerrar algo, de concluir, de demostrar.

La procedencia lírica, o sea la de intuición directa de una realidad, parece evidente.

¿Qué sucede en ella? Un hombre que vive al margen físico del mundo, un mundo sin lugar ni historia determinada, es tentado por un «maestro de armas» que acompaña a unos soldados a realizar unas prácticas en el yermo que rodea el hogar del protagonista. ¿Qué hace allí el hombre del que Melendres explica la historia interna? Espera, sujeto a una vieja fidelidad, mensajes de otro país: mensajes que le transmite una joven sordomuda. El maestro de armas, con unas exposiciones didácticas sobre la filosofía de un mundo moderno (¿el capitalista?), tentará al protagonista. El desengaño y el retorno posterior serán actos inútiles. La esperanza de Melendres, si existe, es muy vaga, sumamente cautelosa. Melendres no es un dogmático, o no lo es todavía o se escuda en su «defensa india» con una astucia equívoca.

En la obra no hay referencia al absurdo ni al teatro épico. Es, sin duda, obra inicial de alguien que proviene del poema y preocupado por el mundo, pero escrito desde el mismo autor y hasta cierto punto para convertirse en espectáculo íntimo. La obra es, sin duda, un mensaje, y un mensaje cifrado, y no sólo cifrado sino pudiendo ser interpretado de diversas formas. Por esta razón responde a uno de los imperativos de un teatro perdurable. La obra reclama un espectáculo escénico. Creemos que el director futuro y posible deberá, como siempre, compensar en profundidad una cierta persistencia de un único plano frontal; o sea reclamar la tercera voz, la propiamente dramática que señalaba Elliot.

Se trata, por tanto, de una obra realmente nueva, realmente interesante, muy inteligente (quizá demasiado, incluso) y de otro nombre nuevo para nuestra esperada escena. El nombre de Melendres se incorpora así al equipo que, substancialmente, ha de ser el teatro nacional en lengua catalana.

Destino